Discursos inaugurales de la Universidad de la Ciudad de México

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Discursos inaugurales

Jefe de Gobierno del Distrito Federal
Andrés Manuel López Obrador

Miembro del Consejo Asesor
Luis de la Peña

Rector de la UCM
Manuel Pérez Rocha

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Directorio

Manuel Pérez Rocha
RECTOR

Miguel Breceda Lapeyre
COORDINADOR ACADÉMICO

Oscar González César
COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Lorenzo Gutiérrez Bardales
COORDINADOR DE SERVICIOS ADMINISTRATIVOS

Luis Briones Pérez
COORDINADOR DE CERTIFICACIÓN

María Elena Hope Sánchez Mejorada
COORDINADORA DE APOYO ACADÉMICO

María de los Ángeles Knochenhauer
COORDINADORA DE PLANEACIÓN

María Rodríguez Salazar
COORDINADORA DE SERVICIOS ESTUDIANTILES

Alfonso Mancilla Reyes
CONTRALOR INTERNO

María Teresa Palao Mendoza
OFICINA DEL ABOGADO GENERAL

Pilar López Martínez
COORDINADORA DE COMUNICACIÓN E INFORMÁTICA

Mensaje del jefe de Gobierno Andrés Manuel López Obrador

Ingeniero Manuel Pérez Rocha, rector de la Universidad de la Ciudad de México, integrantes del Consejo Asesor de la Universidad amigas y amigos:

Hoy es un gran día para el gobierno que represento.

En este acto estamos inaugurando la Universidad de la Ciudad de México; baste decir que desde 1974 no se creaba una universidad pública en el Distrito Federal.

Estamos decididos a impulsar la educación pública. Las razones son obvias: la educación es la base del desarrollo; la educación permite crear condiciones de igualdad; la educación ensancha el disfrute de la vida; la educación hace florecer la democracia.

Por eso resulta inaceptable e injusto que, en aras del fundamentalismo tecnocrático, se apueste a que el Estado incumpla con su responsabilidad de garantizar la educación pública, gratuita y de calidad en todos los niveles de escolaridad.

Desgraciadamente esto es lo que ha venido sucediendo en los últimos tiempos. Los hechos así lo demuestran. Las cifras básicas son contundentes.

En la Ciudad de México, por ejemplo, en 1982 estudiaban licenciatura 192 mil 999 alumnos en escuelas y universidades públicas y 42 mil 446 en privadas; es decir, 82 y 18 por ciento, respectivamente. Pero en 1999 estaban inscritos 207 mil 109 en instituciones públicas y 113 mil 890 en escuelas del sector privado, o sea, 64.5 y 35.5 por ciento.

La educación es lo menos material que existe, pero lo más decisivo para el porvenir de los pueblos.

Esto significa que en 18 años de neoliberalismo la matrícula de las instituciones de educación pública creció en el Distrito Federal 6.8 por ciento, mientras la del sector privado se incrementó en 168.3 por ciento.

Es evidente que detrás de este abandono de la educación pública hay toda una concepción y una estrategia excluyente. El propósito deliberado es que la educación deje de ser un factor de movilidad social, y se convierta en un simple instrumento para sostener y dar legitimidad a un proyecto basado en el afán de lucro y la desigualdad.

Es preciso decir que no estamos en contra de la educación privada, estamos en contra de la descalificación y el abandono de la educación pública. El mercado puede atender a quienes tienen para pagar una universidad privada, pero el Estado está obligado a garantizar el derecho de todos a la educación.

Ahora bien, si la política educativa sigue el mismo derrotero de los últimos años, de poner la educación en el mercado, continuará creciendo el número de rechazados y excluidos.

.

No sólo se trata del contenido de la educación. Es un asunto que tiene que ver, en lo esencial, con la posibilidad económica de la gente.

En la Ciudad de México, según una reciente investigación sobre las cuotas de 22 universidades privadas, se encontró que el promedio de las colegiaturas es de 4 mil 196 pesos mensuales, cantidad equivalente a 3.5 salarios mínimos. Y sólo el 22 por ciento de la población económicamente activa del Distrito Federal obtiene ingresos superiores a ese monto.

De modo que la principal justificación para crear las escuelas preparatorias y la Universidad de la Ciudad, que se escuche bien, tiene que ver con una convicción elemental: no queremos que la educación se convierta en un privilegio.

.

Además la educación es el mejor recurso de la ciudad y su fortaleza espiritual. La educación es lo menos material que existe, pero lo más decisivo para el porvenir de los pueblos.

No podríamos aspirar a un desarrollo forjado desde abajo y para todos en un mundo globalizado, sin el impulso a la educación, el conocimiento y la información.

La ciudad tiene, a pesar de todo, los más altos niveles educativos del país y el gobierno de la ciudad debe mantenerlos y acrecentarlos.

Esta universidad de alto nivel académico y con un profundo sentido social, crítico, científico y humanista, será apoyada decididamente.

Agradezco la colaboración del Consejo Asesor, integrado por educadores, científicos e intelectuales de primer orden, como Helena Beristáin, Luis de la Peña, Mónica Díaz Pontones, Horacio Flores de la Peña, Enrique González Pedrero, Enrique Leff, Mario Molina, Esther Orozco y Luis Villoro.

También quiero hacer un reconocimiento al trabajo profesional que ha realizado el ingeniero Manuel Pérez Rocha, rector de la Universidad de la Ciudad de México y expreso que exploraremos los procedimientos más adecuados para otorgar la autonomía a esta nueva institución educativa.

Es más: antes de lograr formalmente este propósito, me comprometo a respetar la independencia académica y administrativa que debe caracterizar a la Universidad.

Amigas y amigos:

A todos ustedes los invito, literalmente, a celebrar el advenimiento de este importante centro de enseñanza e investigación de la ciudad de la esperanza.

La educación es la base del desarrollo; la educación permite crear condiciones de igualdad; la educación ensancha el disfrute de la vida; la educación hace florecer la democracia.

La ciencia: una tarea estratégica
Intervención de Luis de la Peña
miembro del Consejo Asesor

Hoy inicia sus labores la Universidad de la Ciudad de México.

Como todos los recién nacidos, es pequeña. Pequeña en sus dimensiones, en su capacidad de atender los enormes rezagos que en educación superior ? por limitarnos sólo a ella? padece nuestra ciudad. Apenas 600 estudiantes han tenido oportunidad de acogerse a ella en esta etapa inicial, y muchos más han quedado en espera de la oportunidad de cruzar sus puertas. Pero nacer de dimensiones pequeñas no significa nacer con un futuro pequeño. Me viene a la mente aquella anécdota que sucedió durante la segunda mitad del siglo XIX: un día en que la reina Victoria de Inglaterra visitó el laboratorio de Michel Faraday, ese enorme investigador, cuyos descubrimientos dieran origen en pocas décadas, entre otras cosas, a la industria eléctrica. Faraday mostraba a la reina algunos de los aparatos que había concebido y viendo uno de ellos, probablemente algún generador eléctrico primitivo, su augusta majestad preguntó para qué servía eso, Faraday respondió, tal vez no en un exceso de galanura, con otra interrogación:

? Majestad, ¿para qué sirve un recién nacido?

Y el recién nacido, puesto en manos de inventores e ingenieros hábiles y creativos, contribuyó en breve tiempo, y como pocos descubrimientos lo han hecho, al progreso tecnológico y a mejorar nuestra calidad de vida, al poner al alcance de extensos sectores sociales la energía eléctrica y todo lo que de dar este paso se deriva.

¿Para qué sirve, pues, nuestro pequeño recién nacido? Su futuro ? lo que será y lo que no será? es responsabilidad de todos, y no sólo de quienes lo engendraron. Es

en primerísima instancia responsabilidad de sus estudiantes, de quienes todos esperamos que con su actuar, hoy como estudiantes y en un mañana cercano como profesionales comprometidos, se construya un país más culto, más justo, más fraterno y solidario. Es también responsabilidad de los maestros, los investigadores y de todos los trabajadores, técnicos y autoridades que de una u otra manera habrán de sostener y dar vida al quehacer cotidiano de la nueva universidad. Pero es asimismo responsabilidad de los órganos de gobierno y legislativos de todos los niveles y envergaduras, que con su acción o su omisión habrán de abrir o cerrar perspectivas, que con el alcance corto o largo de su visión habrán de modular y modelar lo posible y lo deseable. Es, en última instancia y de manera muy importante, responsabilidad de todos y cada uno de los ciudadanos de nuestra ciudad, la ciudad sede y casa de la naciente universidad, cuya mirada vigilante y demandante es la mejor garantía de que la nueva institución cumpla las expectativas depositadas en ella al andar su camino.

Es responsabilidad de sus estudiantes, de quienes todos esperamos que con su actuar, hoy como estudiantes y en un mañana cercano como profesionales comprometidos, se construya un país más culto, más justo, más fraterno y solidario.

No me toca describir estas expectativas, al menos en este momento, las que, por otro lado, están en la mente de cada uno de nosotros. Pero sí deseo referirme en especial a una de ellas, cuya ausencia en este momento podría conducir a algunos a pensar que se trata de una forma de ser, y no, como en efecto es el caso, de una mera y simple forma de nacer.

De entre la amplia variedad de licenciaturas que fueron consideradas para ser impartidas en la UCM fue posible arrancar en esta primera etapa con ocho, tres que pertenecen al Colegio de Ciencias y Tecnología ? las ingenierías en sistemas de transporte urbano, en sistemas electrónicos industriales y en sistemas electrónicos y telecomunicaciones? , cuatro al Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales ? ciencia política y administración urbana,

comunicación y cultura, filosofía y, finalmente, historia y sociedad contemporánea? y una al Colegio de Ciencias y Humanidades ? la licenciatura en promoción de la salud. Esta a la vez modesta pero significativa enumeración, al lado de los contenidos específicos, evidencia la vocación científica, técnica, humanista y crítica del programa con que inicia sus labores la nueva institución, como corresponde y es de esperar de toda auténtica universidad moderna. Un análisis de los objetivos perseguidos por el conjunto de estos programas pone en evidencia la intención de lograr que en poco tiempo se alcance la plena identificación de la naciente universidad con su ciudad: la atención a sus problemas, a sus necesidades e intereses es la llave para lograrlo.

Pero a su vez, la brevedad de la lista pone de manifiesto muchas y grandes ausencias que reclaman ser colmadas en el futuro. De inmediato se percibe, por ejemplo, que ni las artes ni las ciencias, como tales, aparecen por el momento. Sé bien que no se trata de una subestimación ni mucho menos de un desinterés, que son las circunstancias fortuitas sumadas a las dificultades naturales de un proceso tan complejo como es el de poner de pie una universidad en unos cuantos meses, las que han impedido que esta etapa de arranque de la UCM pueda iniciarse ofreciendo ya estudios y actividades del mayor nivel en los diversos campos de la creatividad humana, como se tiene planeado y se hubiera deseado.

Bien sabemos que una universidad no es acreedora de este nombre si cualquiera de las ramas de la actividad creativa del hombre no está presente y profundamente imbricada en su diario bregar. Y en nuestra época y nuestra cultura esto es particularmente cierto en cuanto a la ciencia se refiere.

Sin el conocimiento que da la ciencia simplemente no hay sociedad moderna.

No escapa a nadie el papel que la ciencia ha adquirido como factor de la producción en la sociedad contemporánea, y como herramienta indispensable para atender los problemas y necesidades de las diversas capas y sectores de la sociedad. Sabemos bien que no se puede calificar a un país de moderno si carece de ciencia, si su progreso y evolución no se fundan sólidamente en el conocimiento creativo y el empuje tecnológico, y si tal desarrollo no se da con un mínimo de equidad y autonomía social. Y aunque la ciencia es parte medular de la cultura moderna ? tal vez la parte más característicamente moderna de ella? , o precisamente por esto, tenemos que aceptar, no sin dolor, que nuestro país no ha logrado aún construir una cultura científica moderna, y menos aún una cultura tecnológica moderna. Haber alcanzado la cultura científica significa para un país de nuestros tiempos saber ciencia, hacer ciencia y usufructuar la ciencia. Es en este último peldaño de la actividad social donde se dan las mayores divergencias entre un país industrializado y otro, como el nuestro, que no ha alcanzado su autonomía tecnológica y vive aún inmerso en la dependencia tecnológica, la que con cada nuevo desarrollo externo de importancia se profundiza más.

Saber ciencia, es decir, aprender la ciencia que han hecho otros y dominarla, se practica en todo el mundo. Y aunque nuestro país cuenta con un número de científicos que alcanza apenas 10 por ciento de lo que le corresponderían si en efecto fuera un país de estructura moderna, podemos afirmar que se sabe ciencia, prácticamente en todas las ramas del conocimiento.

Y esto es muy importante, difícil de sobreestimar, pues sobre el conocimiento científico descansa hoy en día una parte muy importante, me atrevo a decir que la medular, de nuestra concepción del mundo, incluyendo la de nuestra sociedad. Sin el conocimiento que da la ciencia simplemente no hay sociedad moderna.

Hacer ciencia es ya otra cosa y son pocos los países que tienen la capacidad de contribuir de manera apreciable a la producción de los nuevos conocimientos científicos. Para dar una idea más concreta de lo que esto significa, baste considerar que toda la América Latina ? lo que incluye países tan grandes y relativamente desarrollados como Argentina, Brasil y México? contribuye con 23 por ciento a la producción mundial de artículos científicos y técnicos (con circulación efectiva, es decir, que son leídos). Son unos cuantos países, llamados desarrollados por los economistas, dueños de sistemas educativos y de investigación amplios y sólidos, los que producen la parte del león del nuevo conocimiento. Y es claro que ese nuevo conocimiento tiene con frecuencia como motivación directa los temas y problemas propios del medio que les da origen. El resultado queda a la vista: más del 94 por ciento del nuevo conocimiento que se genera en el mundo está motivado por los intereses de todo tipo de los países más poderosos y (parte de él) contribuye a mejorar la calidad de vida de la fracción más rica, más sana y mejor alimentada de la humanidad. Los problemas endémicos del resto de países simplemente quedan marginados.

Más del 94 por ciento del nuevo conocimiento que se genera en el mundo está motivado por los intereses de los países más poderosas y (parte de él) contribuye a mejorar la calidad de vida de la fracción más rica...

Usar la ciencia es aún más complejo. Usufructuar la ciencia, utilizarla con efectividad para el beneficio nacional, integrarla verdaderamente a la cultura y hacerla parte de la identidad nacional, aplicarla con eficacia a la solución de los problemas y necesidades locales y, no menos importante, convertirla en soporte de una tecnología propia, es aún más difícil y es en pocos países ? los llamados industrializados? donde el fenómeno se da con mayor o menor plenitud. Es un hecho que partir de la ciencia para crear tecnología moderna, dinámica y eficaz, ha sido uno de los motores del desarrollo reciente de los grandes países industrializados. Desde que de los laboratorios de investigación científica aplicada surgieron a finales del siglo XIX las industrias de base científica ? la de colorantes textiles y la eléctrica son las dos más importantes? y, más en particular, después de la segunda guerra mundial, durante la cual los gobiernos de las potencias vencedoras adquirieron plena conciencia del valor práctico de la ciencia y la pusieron a trabajar para sus fines, desde entonces, digo, ciencia y tecnología de vanguardia han ido de la mano. Para percibir con facilidad la magnitud de este fenómeno, basta pensar en la industria asociada a la microelectrónica y todas sus vastísimas aplicaciones en comunicaciones, televisión, internet, computación, control y automatización, etcétera. La lista es inmensa, y si agregamos a ella los resultados de la investigación química, biológica, médica y demás, vemos que cubren todos los aspectos de nuestra vida: la industria moderna, de base científica, ha permeado todos los rincones de nuestra vida, con todas sus consecuencias, para bien y para mal, que de todo se da en la compleja maraña de un desarrollo guiado más por intereses mercantiles que humanos o culturales.

Con todo, haber aprendido a usar la ciencia para su avance es el gran secreto de la industria contemporánea. Tan profunda ha sido esta simbiosis que alguna vez el presidente de la Real Sociedad Inglesa ? una de las instituciones

científicas de mayor prestigio y tradición en el mundo? se atrevió a afirmar que existen sólo dos clases de ciencia: la aplicada y la que está en espera de su aplicación.

Un ejemplo simple puede ilustrar lo justo de esta perspectiva. Es difícil pensar en una rama de las matemáticas puras más alejada de toda previsible aplicación que la teoría de números, en la que se discuten cosas como las propiedades de los números primos y sutilezas similares. Sin embargo, esta abstracta rama de las matemáticas halla aplicación práctica en la codificación de mensajes secretos.

Nuestro país requiere con urgencia pasar de la etapa de consumidor de conocimiento comprado (a alto precio, por lo demás) a generador y usufructuario de los conocimientos que requiere el desarrollo de un aparato productivo nacional propio e independiente, entendido esto último en la medida en que puede hablarse hoy en día: de un actuar independiente y autónomo. Nuestra actual industria, dependiente aún en un muy alto grado de la industria extranjera, no demanda del conocimiento hecho en casa; le es más simple (y cree que más barato) adquirirlo ya hecho de las matrices extranjeras. Con cada paso en esta dirección se profundiza la dependencia tecnológica y pierde el país una oportunidad más para entrar por la vía de un desarrollo nacional propio, autónomo y autosustentable.

Una mirada desde una perspectiva más amplia, que contemple la multitud y complejidad de problemas de toda índole que afectan a nuestra ciudad, por no hablar del país entero, pone de manifiesto lo mucho que nos falta por hacer en prácticamente todos los terrenos de la actividad cognoscitiva humana. Nuestros añejos problemas de alimentación, de salud, de comunicación, de transporte, de organización y tantos otros habrán de requerir para su solución de serias investigaciones científicas, tanto puras como aplicadas y del más alto nivel.

Tenemos aquí una multitud de fértiles campos de investigación, que nadie va a explorar por nosotros, y que yacen desde hace mucho tiempo a la espera de la debida atención. Podemos estar seguros de que al abordar éstos y muchos otros problemas tradicionalmente olvidados o menospreciados por mirar más hacia el exterior que a lo que sucede (o no sucede) en casa, nuestra ciencia habrá de recorrer caminos no convencionales y se abrirán novedosas e imprevistas vías al nuevo conocimiento de valor universal.

Sin entrar en detalle, bastan estas breves apreciaciones para entender la enorme importancia, de hecho la importancia estratégica, que debe asignársele a la formación científica de nuestra población. Sea visto desde el ángulo de la cultura y de nuestra comprensión del mundo y de la sociedad, sea desde la perspectiva pragmática pero humana de la calidad de vida de nuestra población, o incluso desde el de la autonomía nacional, conocer, hacer y usar la ciencia es parte de la gran tarea nacional. Es motivo de satisfacción saber que la UCM es plenamente consciente de la importancia de los cursos y programas científicos, tanto en lo que se refiere a

enseñanza como a investigación y que ello habrá de reflejarse en poco tiempo en su quehacer cotidiano, incluyendo terrenos que hasta el día de hoy han permanecido prácticamente inexplorados en nuestro país, pese a su importancia para la ciudad de México o el país en su conjunto.

Deseémosle, pues, larga y exitosa vida a la nueva institución.

Hacer ciencia es ya otra cosa y son pocos los países que tienen la capacidad de contribuir de manera apreciable a la producción de los nuevos conocimientos científicos.

Mensaje del rector de la UCM
Manuel Pérez Rocha

AI rendir protesta como rector de la Universidad Nacional, hace ochenta años, José Vasconcelos presentó un panorama desolador: “Llego con tristeza ? dijo? a este montón de ruinas... La más estupenda de las ignorancias ha pasado por aquí asolando y destruyendo... Doloroso tiene que resultar para toda alma activa venir a vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar las telarañas de los monumentos del pasado” .

Sin discutir la justeza de estas opiniones, podemos afirmar que en poco tiempo el panorama cambió radicalmente. Desde hace décadas, la Universidad Nacional es considerada, con toda razón, como la obra cultural más importante de nuestra historia. Todo el sistema educativo de este país ha recibido el fructífero influjo de la UNAM, también la Universidad de la Ciudad de México, que hoy inicia sus actividades académicas, se alimenta ya de la creación científica y cultural de la Universidad Nacional.

La Universidad de la Ciudad de México se funda con el propósito de integrar a esta urbe una nueva institución cultural de alto nivel académico, decisivamente comprometida con la sociedad mediante el ejercicio de sus funciones de docencia, investigación, extensión, cooperación, difusión y divulgación, y fiel a la vocación científica, humanística y crítica que ha guiado por centurias a las instituciones auténticamente universitarias.

La Universidad de la Ciudad de México se funda con el propósito de integrar a esta urbe una nueva institución cultural de alto nivel académico, decisivamente comprometida con la sociedad...

El quehacer de esta nueva universidad se suma a la insustituible labor que vienen realizando en esta ciudad insignes casas de estudio como el Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Pedagógica Nacional, y otras que coinciden con el propósito de ofrecer un espacio público de educación superior esencial para el pueblo de México. La Universidad de la Ciudad de México aspira a trabajar de manera coordinada con estas instituciones para satisfacer las necesidades y aspiraciones educativas de la población y fomentar la elevación permanente de estas aspiraciones.

La educación es un factor esencial para conformar una sociedad libre, justa y democrática. La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos establece un ideal de sociedad democrática con un definido sentido humanista, y plantea claramente que alcanzar este ideal depende de la educación. Este sentido humanista, que trasciende la meta de una economía próspera (y aun el de una economía próspera y justamente distributiva), se sustenta precisamente en la cultura y la educación, pues supone a todo ciudadano como un ser libre, autónomo, consciente y creativo.

La Universidad de la Ciudad de México nace con el compromiso de contribuir a ampliar lo más posible las oportunidades de educación universitaria, porque la vida material y cultural contemporánea hace de esta tarea una necesidad básica. Esta educación universitaria no es más un lujo que pueda reservarse la élite, ni puede reducirse a una capacitación técnico-profesional. Una formación científica, humanística y crítica hoy, con independencia de dónde y del modo en que se obtiene, es necesidad imperiosa de todo individuo que desea vivir libre y plenamente, y contribuir a hacer del mundo un espacio digno del hombre. Para esto no basta ya con la educación primaria o secundaria, pues todos vivimos en un ambiente cultural muy complejo. Veamos brevemente uno de sus ángulos.

En el mundo de hoy se viven cambios culturales de consecuencias trascendentales. Algunos son avances fecundos y promisorios, por ejemplo, los adelantos en telecomunicaciones, en la informática, en la genética, en el estudio del cosmos, en las neurociencias, en el conocimiento de los procesos de pensamiento, en la

lingüística con sus diversas ramas; en síntesis, el progreso científico y técnico, y la disponibilidad de información en cantidad y variedad formidables. Todos estos avances enriquecen la vida humana y proporcionan a la educación nuevos materiales e instrumentos.

Pero otros procesos también en marcha, que corresponden a las bases mismas de la cultura, son funestos, por ejemplo: el predominio de la imagen sobre la palabra, que deteriora el lenguaje, la comunicación, y el pensamiento verbal; el debilitamiento de la lectura y la escritura, lo cual reduce las posibilidades del pensamiento reflexivo y crítico, y acentúa las posibilidades de la manipulación y la propaganda; la creciente descalificación del trabajo, que elimina uno de los factores que, en los últimos años, impulsaron el desarrollo de los sistemas educativos; y la parcelación de los conocimientos, que genera un especialismo bárbaro.

La educación es un factor esencial para conformar una sociedad libre, justa y democrática.

Estos amenazadores fenómenos en el campo de la cultura exigen una atención particular, porque, además de las graves consecuencias que generan, no son inmediatamente perceptibles. Los oculta el deslumbramiento que han generado los mismos avances en la ciencia y la tecnología, al grado que se ha hecho popular la creencia de que nos aproximamos a una sociedad en la que dominará el conocimiento, a la llamada "sociedad del conocimiento". La realidad es otra, los fenómenos de retroceso cultural antes mencionados tienen ya manifestaciones preocupantes, y bloquean muchos de los posibles beneficios de los avances científicos y técnicos.

Es una mera ilusión pensar que el desarrollo de los medios de comunicación electrónica y otros inventos generan mecánicamente gente informada y culta, o que el uso de las computadoras y la internet propagan necesariamente la cultura y el pensamiento científico. Es abrumadora la evidencia de que, a la par que estos medios se han desarrollado, han difundido como nunca la trivialidad y formas de pensamiento ingenuo, mágico y esotérico. Las ondas hertzianas, que viajan por sistemas que comprenden satélites y otros aparatos de complejo diseño tecnológico, han aumentado la popularidad de los horóscopos y de nuevas y viejas ciencias ocultas, y han contribuido a la globalización de la estulticia y de ese pensamiento único, agudamente caracterizado por Ignacio Ramonet, editor del periódico *Le Monde Diplomatique*, que entre sus elementos contiene la

degradación de todo a la perspectiva mercantil; por ejemplo, ya no hay ciudadanos o estudiantes, todos somos clientes y la ciencia imprescindible es la mercadotecnia.

Por otro lado, es difícil percibir esos fenómenos amenazadores en el campo de la cultura porque, como parte del pensamiento único (certeramente llamado pensamiento cero por otro autor) ha logrado imponerse en amplios sectores una visión simplista de la vida y la sociedad. De acuerdo con esa visión simplista, el desafío casi único de la humanidad es lograr el llamado "desarrollo económico", el problema de la vida individual se reduce a tener un buen empleo, y la responsabilidad de la educación es contribuir a elevar la capacidad de competir en el mercado globalizado.

Esta pobre visión de la vida y la sociedad también se ha convertido en la perspectiva desde la cual la misión de las universidades queda reducida a instruir y capacitar a los jóvenes para que consigan empleo, apoyar a las empresas para que aumenten su capacidad de competir, ayudar "al país" para que se incorpore al mundo globalizado, y contribuir al "desarrollo" formando técnicos profesionales y generando conocimientos científicos y técnicos.

Sin duda, las universidades deben seguir formando profesionistas con una sólida preparación técnica y científica para contribuir a la solución de los problemas materiales y a la organización de la sociedad, y deben seguir generando conocimientos científicos y técnicos útiles para esos mismos fines. Pero no puede ignorarse que todo ello carecerá de sentido si las mismas universidades no se ocupan de los fenómenos que se dan en el cimiento de la cultura, fenómenos que amenazan incluso la civilización.

La universidad pública debe asumir que su materia de trabajo es la cultura misma y su cometido contribuir con este trabajo cultural a la construcción de una sociedad democrática, justa y libre, pues no hay en la sociedad contemporánea otra institución con una responsabilidad tan directa en el ámbito de la cultura.

Esta es la razón incuestionable por la cual deben expandirse sin límite las instituciones de educación superior universitaria. Otras razones, como la formación de cuadros calificados, se encuentran sometidas a contradicciones. En efecto, la estrechez de los mercados de trabajo, aun los de niveles superiores, conduce a algunos a proponer el encogimiento de los sistemas de educación superior pues, se argumenta, simplemente estamos preparando desempleados. Este planteamiento es inaceptable, pues ignora que lo que hoy se hace en educación tiene consecuencias históricas de muy largo alcance, en plazos para los cuales es imposible hacer cualquier predicción de oportunidades de trabajo y de otros muchos temas.

El único programa responsable frente a la desocupación actual, y la previsible, consiste en dar a los jóvenes una formación sólida que les permita moverse con la

La universidad pública debe asumir que su materia de trabajo es la cultura misma y su cometido contribuir con este trabajo cultural a la construcción de una sociedad democrática, justa y libre...

mayor libertad posible en un mundo laboral incierto, y constituirse en ciudadanos con una definida responsabilidad social y dotados de una amplia y sólida cultura.

Pero además, las universidades deben preocuparse por cientos de miles de personas que no tienen necesariamente como destino laboral el ejercicio de una profesión de nivel superior y que, sin embargo, viven y vivirán en este mundo, y que, para vivir plenamente como seres humanos, y para que contribuyan a construir una sociedad plenamente humana, requieren, hay que reiterarlo, una formación humanística, científica y crítica.

Reducir el proyecto de educación superior a los fines de la capacitación para el empleo de nivel profesional, y a prepararnos para la globalización y la competencia mercantil, significa reproducir la visión unidimensional de la sociedad, del hombre y de la vida que se nos impone desde el mundo de los negocios, de los comerciantes, de los especuladores. Pero, además, constituye un engaño a los jóvenes, pues las oportunidades de trabajo y el futuro del país dependen de lo que ocurre, precisamente, en el mundo de los negocios y la política y no de los sistemas educativos, los cuales nunca les podrán garantizar que encontrarán ocupación.

Nuestro referente no puede ser el mundo del empleo porque los empleos constituyen una forma de trabajo cada vez más escasa, inestable e indeseable. Nuestra tarea es formar para el trabajo, para que las nuevas generaciones valoren el trabajo como factor esencial de la realización personal y forma de concurrir a la construcción de la sociedad, para que sepan trabajar y quieran trabajar con fines nobles y trascendentales.

Para no caer en esa visión unidimensional del hombre y de la sociedad, es necesario que la universidad asuma su responsabilidad crítica y autocrítica. Pero la crítica, decía Unamuno, no puede confundirse con las malas tripas. Hacer crítica no significa denostar, ni simplemente señalar errores o defectos, mucho menos dar puñaladas por la espalda a los adversarios políticos. La crítica es el uso de la razón, de la ciencia y de la cultura para destruir los prejuicios, los mitos, los engaños y los autoengaños. El objeto central de la crítica no son las personas, ni los hechos mismos, son las falacias, los tabúes, la propaganda, las obsesiones, las traiciones

del inconsciente, los estereotipos, la incursión subrepticia de los intereses en el razonamiento. Hacer crítica significa confrontar criterios, exige buscar honestamente la verdad.

Encontrar la verdad ? bien sabemos? implica muchas dificultades, una de ellas es aplicar en la búsqueda un método correcto y de esto se han ocupado los científicos. Sin embargo, antes que el método, decía Bertolt Brecht, está el tener la valentía de reconocer la verdad cuando se le encuentra y asumir las consecuencias de esa verdad en la vida propia. Esta valentía no se desarrolla espontáneamente, ni con información en cantidades industriales, se nutre de una formación ética, humanista, que demanda el conocimiento de la humanidad, de su producción cultural y de su historia. El ejercicio de la crítica empieza por preguntarse cómo construimos nuestros conocimientos, y exige, como nos propone con justificada insistencia Hugo Zemelman, tener conciencia histórica.

Una forma práctica de ejercer la crítica consiste en cuidar las palabras que entran a alimentar nuestro pensamiento. El tiempo no me permite extenderme en esta importante conexión entre el lenguaje, el pensamiento y la crítica, pero por lo menos quiero hacerme eco de las advertencias de quienes, por amor al lenguaje, han lanzado luz a rincones importantes de nuestra realidad.

Hace tiempo, Octavio Paz denunciaba el carácter anticientífico de ciertas palabras que contribuyeron a constituir la visión del mundo en la segunda mitad del siglo veinte: los vocablos desarrollo y subdesarrollo.

> [...] cada vez que los europeos y sus descendientes de América del Norte han tropezado con otras culturas y civilizaciones ? decía Paz? las han llamado invariablemente atrasadas. No es la primera vez que una civilización impone sus ideas e instituciones a otros pueblos, pero sí es la primera que, en lugar de proponer un principio atemporal, se postula como ideal universal al tiempo y a sus cambios[...] Occidente se ha identificado con el tiempo y no hay otra modernidad que la de Occidente. Apenas si quedan bárbaros, infieles, gentiles inmundos; mejor dicho, los nuevos paganos [...] se encuentran por millones, pero se llaman (nos llamamos)

Para no caer en esa visión unidimensional del hombre y de la sociedad, es necesario que la universidad asuma su responsabilidad crítica y autocrítica.

> subdesarrollados... El adjetivo subdesarrollado ? continúa Paz? pertenece al lenguaje castrado y anémico de las Naciones Unidas. Es un eufemismo de la expresión que todos usaban hasta hace algunos años: nación atrasada. El vocablo no posee ningún significado preciso en los campos de la antropología y la historia; no es un término científico, sino burocrático. A pesar de su vaguedad intelectual ? o tal vez a causa de ella? es palabra predilecta de economistas y sociólogos. Al amparo de su ambigüedad se deslizan dos seudoideas, dos supersticiones igualmente nefastas: la primera es dar por sentado que existe sólo una civilización o que las distintas civilizaciones pueden reducirse a un modelo único, la civilización occidental moderna; la otra es creer que los cambios de las sociedades y culturas son lineales, progresivos y que en consecuencia pueden medirse. Este segundo error es gravísimo: si efectivamente pudiésemos cuantificar y formalizar los fenómenos sociales ? desde la economía hasta el arte, la religión y el erotismo? las llamadas ciencias sociales serían como la física, la química o la biología. Todos sabemos que no es así.

A este lenguaje castrado y vago que denunció Octavio Paz (inútilmente, puesto que esas nociones siguieron dominando nuestro pensamiento) se suman ahora otros términos que se nos imponen desde los centros de poder para que configuremos nuestra visión del mundo. Me pregunto ¿qué diría Octavio Paz de la palabra competitividad, emplasto de todo discurso contemporáneo? Competitividad, además de estéticamente horripilante, es una palabra gravemente confusa y llena de connotaciones manipuladoras. Proveniente del vocabulario de quienes en el mercado combaten por la mayor ganancia, la palabra competitividad ha desplazado a términos específicos como eficiencia, eficacia, utilidad y valor, e impone, a trasmano, como paradigma de toda acción humana, la rivalidad en vez de la cooperación, y el egoísmo en vez de la fraternidad.

"Excelencia " es otra palabra que aparece como plaga en todo discurso que pretende enarbolar la responsabilidad y el bien; quien no busca la famosa "excelencia" es tachado de irresponsable, pues a la palabra excelencia se le adhiere una fuerte carga moral. En un artículo titulado "En defensa de la imperfección" Pablo Latapí advertía hace más de un lustro: "... hoy se predica una excelencia perversa: se transfiere a la educación, con asombrosa superficialidad, un concepto empresarial de “calidad”.Con toda razón, el doctor Latapí nos hace ver que los conceptos útiles para producir más tornillos por hora y venderlos, no pueden convertirse en filosofía del desarrollo humano, Bajo este lema de la excelencia, explica, “se han introducido en las universidades aspiraciones paranoicas de perfección; con el término se cuelan varias deformaciones humanas que, por serIo, son también perversiones educativas...”. Con palabras duras, este investigador nos advierte:

> La historia de las filosofías educativas es como un pequeño espejo de la larga sucesión de los ideales humanos, imágenes que nuestra especie se ha ido forjando de sus posibilidades. Quien la recorra verá que nunca antes la humanidad había sido tan estúpida como para proponerse ser perfecta.
> Ni siquiera el concepto de calidad, así sustantivada, figuraba en el pensamiento educativo hasta hace treinta años: hoy se le emplea con una carga productivista que "cosifica" al alumno y sus aprendizajes.

> ¿Calidad respecto a qué valores? ¿Calidad para quién? Por ignorancia de la historia o por estrechez conceptual la actual doctrina de la excelencia ha entronizado un ideal de perfección que reduce las posibilidades humanas: con esa etiqueta suelen vender los traficantes de la excelencia, en un solo paquete, los secretos de discutibles habilidades lucrativas, la psicología barata de la autoestima y los trucos infantiles de una didáctica de la eficacia.

Las nociones de desarrollo y subdesarrollo fueron asimiladas de manera acrítica en nuestros medios académicos, y no sólo eso, se les elevó al rango de categorías de análisis científico, a pesar de que son recursos conceptuales con los que se pretende hacernos olvidar que los países hoy ofensivamente llamados subdesarrollados fueron, hasta hace poco, las colonias sojuzgadas, explotadas y sometidas por esos imperios que hoy con arrogancia se llaman a sí mismos países desarrollados. Hoy, competitividad y excelencia corren la misma suerte; en muchos medios académicos se les asimila sin percatarse de que son vehículo para imponer una forma de vida y una escala de valores perversa.

La Universidad de la Ciudad de México no pretende competir con nadie y por lo tanto no pretende ser competitiva. La Universidad de la Ciudad de México nace para cooperar. La Universidad de la Ciudad de México no quiere sobresalir y disminuir a otros y por eso no quiere ser excelente; se compromete a hacer bien su trabajo, a hacerlo muy bien, y cooperar, con todas las instituciones, en la medida de sus posibilidades, para que todos los jóvenes tengan una educación sólida, una cultura amplia, una formación científica avanzada, una capacidad de razonar y crear, y una voluntad férrea de trabajar por una sociedad más justa y fraterna. No busca, con engreimientos ridículos, ponerse por encima de los demás, de la mayoría, ni busca certificados comerciales o burocráticos de calidad, se compromete con la verdad, busca el rigor en el análisis, la riqueza de la diversidad cultural, la sabiduría que da la perspectiva histórica, y la contribución práctica para la solución de los problemas humanos.

La Universidad de la Ciudad de México es un proyecto cultural firmemente comprometido con la sociedad, principalmente con los habitantes de esta metrópoli. Su compromiso es trabajar, con un alto nivel académico, para atender las necesidades educativas de la población, pero definidas éstas a partir de una concepción humanista del individuo y de la sociedad. Su empeño será humanizar

La Universidad de la Ciudad de México no pretende competir con nadie y por lo tanto no pretende ser competitiva. La Universidad de la Ciudad de México nace para cooperar.

La Universidad de la Ciudad de México no quiere sobresalir y disminuir a otros y por eso no quiere ser excelente; se compromete a hacer bien su trabajo, a hacerlo muy bien, y cooperar con todas las instituciones en la medida de sus posibilidades.

los procesos educativos, no solamente por el contenido integrador y la orientación de sus planes y programas, sino también por la forma en que serán considerados los actores principales de este proceso: maestros y estudiantes.

La Universidad de la Ciudad de México se propone establecer relaciones de cooperación entre los maestros, eliminando los mecanismos de rivalidad que han descompuesto en los últimos años a los cuerpos académicos, se propone que los maestros encuentren en la naturaleza, fines y formas de su propio trabajo el estímulo para hacerlo con entusiasmo, y en la remuneración decorosa la condición para hacerlo con dedicación plena; por lo tanto no tendrán cabida en ella los ofensivos denarios con los cuales se ha pretendido comprar su productividad.

Una mezcla de jerarquías medievales, intereses gremiales y procesos industriales ha deformado a los sistemas educativos, los cuales debieran ser, ante todo, espacios de interrelaciones humanas.

Una obsesión por la productividad y la rendición de cuentas va generando un complejo sistema de evaluaciones y exámenes, a estudiantes, maestros e instituciones, que busca identificar a los inútiles, a los mediocres y a los buenos; a los inútiles nada se les da para que desaparezcan y no estorben, a los mediocres tampoco se les apoya, para que se vuelvan inútiles; a los buenos se les da todo, para que se vuelvan excelentes.

Nadie, en su buen juicio, puede oponerse a los exámenes y las evaluaciones. Examinar es observar con atención, y evaluar es emitir juicios; ambas son acciones en las que se sustenta toda acción inteligente y responsable. El problema está en los propósitos, y muchos de los mecanismos que se van imponiendo son inaceptables porque, inspirados en el conductismo, mediante premios y castigos, buscan la estratificación y la exclusión.

Hoy en día, en los países mismos donde se han originado, se cuestionan seriamente esos complejos sistemas de computadoras y baterías de reactivos con los que se decide que a cada quien le toca ir aquí, o allá, o acullá; arriba o abajo, a la derecha o a la izquierda; tú serás mecánico automotriz, tú puedes ingresar a la universidad.

Sistemas que encasillan a cada quien y le deciden su vida con un criterio funcionalista que recuerda las antiutopías de Orwell y Huxley.

No hay un proyecto más inhumano que éste. El humanismo que nuestro tiempo exige se sustenta en la convicción de que, como dijera Kosik, cada individuo tiene la responsabilidad de formarse una cultura y vivir su vida, y que en esto nadie puede reemplazarlo.

Todavía en plena Edad Media, en una sociedad profundamente jerárquica, Juan Pico della Mirandola adelantó el pensamiento humanista que caracterizó al Renacimiento y sigue siendo una aspiración válida. Haciéndose vocero del "supremo artesano" se dirige así a los hombres: "No te dimos ningún puesto fijo, ni una faz propia, ni un oficio peculiar, ¡oh Adán!, para que el puesto, la imagen y los empleos que desees para ti, esos los tengas y poseas por tu propia decisión y elección (...) te coloqué en el centro del mundo para que volvieras más cómodamente la vista a tu alrededor y miraras todo lo que hay en ese mundo. Ni celeste ni terrestre te hicimos, ni mortal, ni inmortal, para que tú mismo, como modelador y escultor de ti mismo, más a tu gusto y honra, te forjes la forma que prefieras para ti...”

La UCM considera a los estudiantes como su razón de ser y como sujetos conscientes, activos y responsables de su propia educación; los demás miembros de la institución ? maestros, investigadores, técnicos y trabajadores de servicios? tienen como responsabilidad apoyar a los estudiantes para lograr su mejor educación.
Los planes y programas de estudio, los procesos de enseñanza y aprendizaje y los reglamentos promoverán que todos y cada uno de los estudiantes puedan alcanzar los más elevados niveles de formación, a partir de una exigencia efectiva de rigor científico y académico, y tomado en consideración las condiciones específicas y los proyectos de cada educando.

Para que cada quien se forme una cultura y viva su vida con conciencia y autonomía, es indispensable una formación integral, científica, humanística y crítica, y por ello la Universidad de la Ciudad de México compromete su empeño para hacer realidad, en todo momento, la clásica frase de Publio Terencio que ha adoptado como lema: *Nada humano me es ajeno.*

La UCM considera a los estudiantes como su razón de ser y como sujetos conscientes, activos y responsables de su propia educación.

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
Av. División del Norte 906, Col. Del Valle. Tel. 5543-1729
www.uacm.edu.mx

Primera reimpresión, 2006. Talleres de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
San Lorenzo 290, Col. del Valle. Tel. 5575-5805

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno